Laura Riñón Sirera

AMAPOLAS EN OCTUBRE

ESPASA

Laura Riñón Sirera

Amapolas en octubre

ESPASA

ESPASA NARRATIVA

© Laura Riñón Sirera, 2016
© De los textos citados: sus autores, herederos, editores y traductores, 2016
© Espasa Libros S. L. U., 2016

Diseño de cubierta: Planeta Arte & Diseño
Ilustración de cubierta: Coco Dávez

Preimpresión: M.T. Color & Diseño, S. L.

Depósito legal: B. 20.836-2016
ISBN: 978-84-670-4856-8

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico: sugerencias@espasa.es

www.espasa.com
www.planetadelibros.com

Impreso en España/Printed in Spain
Impresión: Black Print

Espasa Libros S. L. U.
Avda. Diagonal, 662-664
08034 Barcelona

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**y está calificado como **papel ecológico**

1

—¿Cómo podemos ser tan diferentes, Guillermo?

—No somos tan diferentes.

—Sí, claro que lo somos, tú a veces eres tan despreocupado... No entiendo cómo consigues que las cosas te afecten tan poco.

—¿Tan poco? ¿Por qué dices que me afectan poco? Que yo no sufra tanto como tú y que no me recree en la nostalgia constantemente no quiere decir que algo no me importe, porque lo mismo que te preocupa a ti me importa a mí. La única diferencia es que afrontamos los problemas de diferente manera. Creo que deberías relajarte un poco, Carolina, dramatizas demasiado y a veces lo mejor es...

—¿Dramatizo? ¡Yo no dramatizo! Lo que ocurre es que a veces me cuesta encontrarle sentido a la vida... Perdona si te molesta que me cuestione demasiado las cosas.

—¿Ves? A esto me refiero, no tienes que pedir perdón, deja de pensar en lo sola que te sientes y en el amor que no recibes... A lo mejor tu problema es que esperas demasiado. Si te relajaras un poco, si disfrutaras más de lo que tienes... Estoy seguro de que entonces serías más feliz.

—Soy feliz.

—Lo sé.

—¿Qué ocurre, no me crees?

—Sé que nunca me mentirías, y si dices que eres feliz, será verdad. La felicidad no tiene el mismo significado para todos.

—Lo sé, y yo lo soy, a mi manera.

—Te creo.

—Es cierto que a veces me gustaría ser como tú, pero eso no significa que no sea feliz.

—Yo creo que fue el chocolate...

—¿Qué chocolate?, ¿de qué estás hablando?

—De la razón por la que crees que somos diferentes, creo que fue por el chocolate; mamá asegura que, durante el embarazo, en más de una ocasión se ventiló una caja entera de bombones de una sentada. Y a mí nunca me han gustado los bombones, sin embargo, tú te los comes con la mirada. Sí, puede que sea por eso, por el chocolate que tú te comiste durante su embarazo y que despertó una dulzura en ti que a mí no me afectó lo más mínimo. Ya tienes una explicación, así que no le des más vueltas.

—¡Qué estupidez!

—Bueno, al menos es una respuesta... Y ahora, ¿crees que a tu dulce nostalgia le apetecería ir a ver una película?

—Eres insoportable.

—Los dos lo somos, pero nos queremos.

—Sí, pero tú eres un poco más insoportable que yo.

—Vale... Entonces, ¿te apetece venir al cine?

—¿Qué vamos a ver?

—Es una sorpresa, pero prometo comprarte todo el chocolate que quieras...

—Eso es lo más coherente que has dicho en toda la tarde.

—Lo sé.

Mis padres siempre nos han dado los besos y los abrazos justos, como si al nacer les hubieran entregado un talonario con un número determinado de papeletas y les preocupara agotarlas. Guillermo nunca le ha dado importancia a esta falta de apego, él lo justifica diciendo que cada uno es como es, y con el paso de los años, he comprendido que su racional manera de ver las cosas hace que todo re-

sulte más sencillo. Se podría decir que, de las emociones a repartir entre los hermanos, a mí me tocaron las más importantes. El porqué es algo que desconozco, al fin y al cabo, los dos pasamos nueve meses creciendo juntos dentro de mamá, comiendo lo mismo y escuchando las mismas historias que papá le leía cada noche durante el embarazo.

Cuando siendo un niño sientes esta falta de cariño, te preguntas si tú tienes la culpa, y tener un hermano como él es una suerte, porque consigue convencerme de que esa culpabilidad es fruto de mi imaginación. Con los años entendí que no podía esperar que mis padres se comportaran conmigo como lo hacían el uno con el otro, y que las grandes decepciones llegan cuando esperamos un gesto de los demás, porque por mucho que nos empeñemos, las personas no actúan como nosotros deseamos que lo hagan.

Cuando mamá tenía dieciséis años empezó a trabajar en la Biblioteca Nacional. Su cometido se limitaba a descolgar el teléfono y anotar recados, además de acudir cada día antes de las ocho de la mañana con un café y una bandeja de cruasanes recién hechos, que dejaba en la mesa del director antes de que este apareciera. Mi abuelo no le dio muchas opciones, porque ya había escogido su destino mucho antes de que ella se atreviera a soñar con su futuro.

En las pocas ocasiones en las que nos cuenta historias de su infancia, siempre menciona su suerte por haber nacido en cuarto lugar, después de tres hermanos varones porque, de no haber sido así, está segura de que mi abuelo habría descargado en ella toda su furia porque su primogénito no fuera un chico. Sin embargo, han sido contadas las veces en las que la he escuchado referirse a su padre con una mala palabra. «Eran otros tiempos —afirma—, y dentro de lo malo fui una privilegiada porque crecí rodeada de libros, y era el único lugar en el que me sentía feliz». Por eso, cuando su padre le informó acerca de cuál

sería su nuevo trabajo, se sintió la mujer más afortunada del mundo.

Según su planteamiento, resulta difícil conquistar la felicidad si, antes de empezar a soñar con un futuro, ya ha habido alguien que decidió por ti, tal y como les sucedió a ella y a sus hermanos mayores: tú serás médico; tú, abogado; tú, arquitecto; y tú serás un ama de casa culta. Y así fue el inicio de las vidas de cuatro jóvenes, a quienes no les quedó más opción que hallar la felicidad dentro del sueño que su padre había diseñado para ellos, antes incluso de que vieran la luz por primera vez.

Se presume cierta añoranza en sus palabras cuando mamá habla de ello y, sin embargo, se siente dichosa porque sabe que, aunque su plan de futuro fuera el menos ambicioso de los cuatro, su padre le facilitó el camino para alcanzar su sueño mejor guardado: crecer entre letras escritas por otros.

Puede que esa sea la razón por la que su existencia parece estar escrita con capítulos copiados de cualquier libro. Y no es esta una teoría inventada por mi imaginación, si bien recuerdo, como si fuera ayer, su reacción el día en el que le dije que los relatos acerca de su vida parecían calcados de un libro. Me sonrió con la mirada brillante y me explicó sin disimular su orgullo: «Carolina, todas las vidas pueden ser noveladas y, sin embargo, no es fácil dar vida a una novela. En las historias escritas, los personajes son fieles a sí mismos, los tiempos no se aceleran ni tampoco se ralentizan, el tiempo es el que es. Las descripciones bien trabajadas pueden ser tan poéticas que incluso es posible pasearse por el lugar descrito, y las relaciones entre los personajes son firmes, y responden al motivo por el que fueron creadas. Una buena obra nunca decepciona y, como sabes, en el mundo real las decepciones son habituales. Si, por alguna razón, sentimos la necesidad de transformar una historia escrita por otro en nuestra propia realidad, hemos de ser honestos con el escritor y no debemos alterar

nada de lo que él creara, salvo que ese cambio mejore el texto original... Pero para conseguir esto, hemos de conocer cada detalle e indagar en las razones por las que el autor eligió los nombres y las emociones definidas, desnudar a los personajes y, por encima de cualquier otra cosa, hemos de saber quiénes somos. Ser valientes, ese es el secreto».

Después de un largo silencio durante el cual yo digería su teoría, me susurró como si temiera ser escuchada: «Persuasión». Aquello me extrañó tanto como me asustó, porque no sabía con cuál de sus personalidades estaba dialogando. Abandonó la habitación para luego regresar con un libro en la mano, se trataba de un manoseado ejemplar de la novela de Jane Austen, *Persuasión*: «Cuando lo leas, entenderás mucho de lo que te estoy contando», añadió antes de desaparecer. Nunca volvimos a discutir acerca de su explicación. Mamá sólo habla cuando le apetece hacerlo y no importa cuántas veces le preguntes, si no le interesa la conversación, te ignora sin atender a razones. Eres invisible para ella. Cuando alguien no la conoce bien, cree que sus silencios se deben a que padece algún tipo de sordera, y entonces gritan, y ante su evidente falta de atención, chillan aún más alto. Aunque yo normalizara esta situación siendo niña, al principio me ponía nerviosa, porque con los gritos, lo único que se consigue es que se esfume de la escena sin articular palabra. Se da media vuelta y se va, dejando a su sorprendido interlocutor hablando a voz en grito con nadie.

Dos días después de haberme regalado la obra de Jane Austen, y con la ayuda de la irónica pluma de dicha autora, entendí que el romance de mis padres no tuvo un inicio tan idílico como ellos nos habían hecho creer o como nosotros habíamos imaginado. Su relación perfecta no nació únicamente gracias al acertado flechazo de un Cupido inspirado. Resultó que a papá le tocó luchar contra la mentalidad clasista de su británica familia, que no aceptaba el compromiso de su hijo con una muchacha española que

no sólo carecía de un noble apellido o de una regia educación, sino que además trabajaba de secretaria en la Biblioteca Nacional de Madrid. «Una mujer mediocre», sentenciaron.

Si bien en el texto original de *Persuasión* se induce a la protagonista para que se aleje del hombre del que se ha enamorado, en el relato del idilio de mis padres, fue a él al que persuadieron para que no volviera a ver a la mujer ramplona que decía amar. Pero el pequeño de los Smith, tal y como ella se refiere a papá, estaba tan convencido de sus sentimientos que no malgastó páginas innecesarias para alargar la espera más de la cuenta.

Sólo puedes alterar la historia si crees que serás capaz de mejorarla, me dijo mamá aquel día; años después entendería el porqué.

Cada vez que releo *Persuasión*, tengo la certeza de lo mucho que ella disfrutó al sentirse la protagonista de sus primeras páginas, regocijándose en la tristeza que le provocaba la obligada, aunque en su caso breve, ausencia de mi padre.

Cuando viajábamos a Bath a visitar al abuelo y a lady Wright (mi tía abuela, confidente y maestra de mi padre durante su juventud, para después convertirse en la autora del plan perfecto que le persuadiera de la idea de reencontrarse con la española mediocre), yo disfrutaba mucho observando a mamá, moviéndose por la casa con la seguridad del que se sabe vencedor, convertida en el personaje principal de su propia novela.

Meses después de que mantuviéramos nuestra primera conversación acerca de *Persuasión*, fui testigo de la realidad paralela en la que mis padres pasaban la mayor parte de su tiempo. Y las piezas que hasta entonces faltaban en mi puzle, encajaron por sorpresa.

* * *

Me gustaría adivinar cuál será su primera palabra. Sé que es absurdo pensar en ello, porque después de tanto tiempo con las cuerdas vocales dormidas, posiblemente lo único que le salga de la garganta sea un suave gemido que ninguno de los presentes alcanzaremos a interpretar. Pero últimamente, cada vez que me marcho de la clínica, lo hago dándole vueltas a lo mismo: ¿qué será lo primero que diga?

Es muy probable que pregunte por papá, porque dudo que recuerde nada de lo ocurrido. Pero él ya no volverá nunca, y sin embargo a veces siento tan nítida su presencia que incluso creo que va a aparecer por la puerta en cualquier momento. Ojalá lo hiciera, necesito que me ayude, que me diga qué es lo que debo hacer para conseguir que mamá regrese. Y como no aparece, pierdo el control y empiezo a gritarle, culpándolo de lo sucedido hasta que rompo a llorar de nuevo, y mi único consuelo es que mamá sigue estando aquí. Aunque no haya vuelto a escuchar su voz desde el día antes del accidente, aunque me empeñe en llamar la atención de su mirada ausente, aunque no se inmute con mis caricias... Al menos está aquí. Aunque no esté.

El doctor ha regresado de pasar unos días de vacaciones y no dudo de que estas hayan sido más que merecidas, pero para mí se han convertido en diez días eternos, durante los que me ha faltado muy poco para abofetear a su sustituto en más de una ocasión. Ambos deben de rondar la misma edad, aunque este último, al que en secreto apodé el «doctor guapo» cuando se presentó para suplir al médico habitual de mamá, me parezca un inepto. Un día incluso le llegué a decir que era un inútil, así, sin medias tintas: «Es usted un inútil». Sé que él no tiene la culpa y que hace todo lo que está en su mano para ayudarnos, pero si no me desahogo de vez en cuando, en cualquier momento me va a dar un ataque de histeria, de pánico o de ansiedad.

Por esta razón, cuando hoy he visto aparecer la sonrisa del doctor Sandoval por la puerta, el corazón ha empezado a brincar dentro de mi pecho. He estado a punto de abalanzarme sobre él para darle un abrazo, pero por suerte he logrado contenerme (controlar mis emociones es uno de los retos que me propuse practicar cuando cumplí los cuarenta años, hace unos pocos meses). Después de realizarle un chequeo a mi madre y de revisar los informes médicos, el doctor Sandoval y yo hemos estado charlando un rato. Y mientras manteníamos la misma conversación que hemos tenido durante más de tres meses, he caído en la cuenta de que lo que me estaba contando era exactamente lo mismo que me ha estado diciendo el doctor guapo durante su ausencia. Me he sentido culpable y estúpida. Aun sabiendo que en este prestigioso centro no se da una oportunidad a alguien que no sea un profesional sobresaliente, no le he concedido el beneficio de la duda. Mientras atendía al discurso del doctor Sandoval, sólo podía pensar en encontrarme con el doctor ¿Gómez? ¿González? (¡¿Cómo se llamaba?!), para disculparme y tener un gesto amable con él.

Después de los chequeos rutinarios, me he quedado por fin a solas con mamá. Llevamos más de dos horas en silencio, sentadas la una delante de la otra. La escudriño con la mirada como si fuera una escultura, imaginando qué se sentirá estando dentro de su cabeza y a qué lugar habrá huido.

Hoy está especialmente guapa, su elegancia innata hace que parezca una modelo que imagino posando para un artista, quien la observa hipnotizado por su belleza. Lleva un vestido color esmeralda que se ajusta a su delgado cuerpo, el color le favorece tanto que ilumina su mirada verde. Observo el perfil de su figura en silencio y dibujo el contorno de su largo cuello con una línea imaginaria. Tiene el cabello plateado recogido en un discreto moño del que escapan algunos mechones que acarician la suavidad

de su nuca desnuda. Parece tan vulnerable que siento la necesidad de rodearla con mi cuerpo y convertirme en un escudo humano que la proteja de esa crueldad que sólo su imaginación conoce. Le sujeto la mano con delicadeza y siento el tacto de su piel cuidada que desprende el aroma de almizcle y azahar, un perfume que me regocija, transportándome hasta los días que creía haber olvidado: su abrazo de despedida en el aeropuerto, una mañana de Navidad bebiendo chocolate caliente sentadas en el sofá de nuestra casa, aquella tarde de lluvia leyendo junto a la chimenea... Aprieto su mano con más fuerza, pero ella no se inmuta. Porque, aunque esté aquí, no está conmigo.

Me deleito dándole vueltas a los recuerdos, y me asombra que mamá esté presente en casi todos. Puede que haya sido injusta con ella, porque muchas veces me he lamentado de que estuviera ausente en momentos importantes de mi vida, y al verla ahora presente en las imágenes que me llevan a esos días, me pregunto si no habré sido demasiado exigente o egocéntrica, ¿y si ha sido culpa mía? ¿Y si fui yo? ¿Y si no he sabido demostrarle cuánto me importa? Y si, y si, y si...

—Buenos días, Carolina.

Una voz familiar me saluda, la enfermera asoma la cabeza por la puerta y me pide permiso antes de entrar. Me alegra verla llegar.

—Hola, María, buenos días. Pasa por favor —contesto levantándome.

—Muchas gracias, ¿cómo estás? ¿Qué tal va todo por aquí? —Mira a mi madre sin cambiar el gesto—. ¡Vaya! ¡Qué vestido más bonito te han puesto hoy, Bárbara! —exclama acercándose a ella—. ¿Cómo estás? Este color te favorece mucho, tus ojos parecen aún más verdes. ¿Y ese recogido? ¿Quién te ha peinado tan bien? Estás muy guapa.

María habla sin parar, tiene la voz suave y melódica, y aunque en ocasiones sea excesivamente dicharachera, me gusta que esté cerca de mamá. Sus ágiles movimientos y el

enorme moño que luce en lo alto de su cabeza hacen que resulte más joven y alta de lo que realmente es. Debe de rondar el medio siglo, que dicho así parece mucho, pero que gracias a la alegría que desprende y a su cutis terso y dorado, hace que uno se pregunte cuál será su secreto. Aunque llegó a España siendo una niña, de vez en cuando nos deleita con una parrafada entonada con su acento cubano, dotándola de esa sensualidad única que poseen las caribeñas.

El día que Guillermo la conoció, se quedó tan hechizado por su energía y su simpatía que no tardó en sacar sus propias conclusiones: «En realidad, María es una profesora de bailes latinos que trabaja de incógnito en la clínica —me dijo después de que ella se marchara— y, cada noche, cuando los pacientes se acuestan después de cenar, ella los saca de la cama y los pone a bailar por los pasillos al ritmo de Celia Cruz. Por eso mamá está como está —aseguró convencido—, porque termina agotada después de tanto mover las caderas durante sus noches de juerga». Yo imaginaba la escena que mi hermano me estaba describiendo y me partía de risa. Desde entonces, cada vez que veo a María, siempre hay un momento en el que la imagino bailando con todos ellos por los pasillos de la clínica.

Mi hermano siempre tiene un comentario irónico en la punta de la lengua, preparado para ser disparado y, aunque a veces me desquicie su falta de tacto, he de reconocer que su británico sentido del humor hace que los problemas sean más llevaderos.

María sienta a mamá en la silla de ruedas con tal rapidez que no me da tiempo a ayudarla. Me disculpo y ella suelta un suave suspiro:

—¡Ay, mi *amol*, no te preocupes! Tu mamá está tan delgadita que podría cargar a tres como ella... ¡Vamos, Bárbara! Que cuando salgas de aquí ya verás, ya, te vas a hacer modelo de pasarela...

Me inclino sobre mi madre antes de que salgan de la habitación y, al abrazarla, siento el suave tacto del cachemir de su vestido envuelto en su perfume. Le susurro algo cariñoso antes de darle un beso de despedida. María intenta animarme hablándome acerca de las actividades que tiene preparadas para ella esta tarde.

—Ya sé que no es de mi incumbencia —apunta antes de salir—, pero el señor Richard llamó ayer otra vez, está muy preocupado por tu madre...

—Lo sé, María. Gracias.

—No me quiero meter donde no me llaman, pero no creo que una visita suya le haga mal a doña Bárbara.

—Gracias, María, lo pensaré. —Zanjo la conversación.

Me despido de ella con un nudo en la garganta y me quedo un rato con la mirada perdida en el frío ambiente de la calle que se adivina a través de las ventanas. Es imposible pensar en Richard sin recordar a mi padre. Todavía no estoy preparada para verle.